

JULIÁN AYESTA

HELENA O EL MAR  
DEL VERANO

BARCELONA 2002



ACANTILADO

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1952, 1974, 1987, 2000 by herederos de Julián Ayesta  
© de esta edición: 2000 by Quaderns Crema, S. A. U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-95359-82-7  
DEPÓSITO LEGAL: B. 29 578-2009

ÁNGEL SERAL *Ilustración de la cubierta*  
AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
VÍCTOR IGUAL, S.L. *Preimpresión*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

CUARTA REIMPRESIÓN *julio de 2009*  
PRIMERA EDICIÓN EN ESTA COLECCIÓN *mayo de 2002*  
PRIMERA EDICIÓN EN EL ACANTILADO *marzo de 2000*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I  
ALMUERZO EN EL JARDÍN

El dulce de guinda brillaba rojísimo entre las avis-  
pas amarillas y negras y el viento removía las ramas  
de los robles y las manchas del sol corrían sobre el  
musgo, sobre la hierba suave y húmeda y sobre la  
cara de los invitados y de las Mujeres y de los Hom-  
bres, que estaban fumando y riéndose todos a un  
tiempo. Y brillaban también las copas azules para el  
Marie Brizard y los cubiertos de postre. Y los luna-  
res de luz—los grandes persiguiendo a los peque-  
ños—corrían sobre el mantel lleno de manchas mo-  
radas de vino y migas. Y por la tarde había corrido y  
los hombres tenían la cara y las mejillas y las narices  
brillantes. Y también brillaba el café, tan negro con  
cenizas de puro rodeando la taza. Y los hombres se  
reían de medio lado porque tenían un puro en la  
boca y hablaban y se reían como los viejos sin dien-  
tes, sacando la punta de la lengua llena de saliva y  
todo entre una nube azulada de humo. Y era muy  
bonito ver cómo el color del humo iba cambiando  
según le diera el sol. Y como era el Día de la Asun-  
ción de Nuestra Señora los niños habíamos ido a ti-  
rar pétalos de rosas a la Virgen y sonaban las gaitas,  
y los voladores, y los violines y la voz de los cantores

ya dentro de la iglesia. Y olía todo a incienso, y a flores, y a rosquillas, y a churros, y a la sidra que estaban echando los hombres en el Campo de la Iglesia y al vestido nuevo. Y después todos corrimos a los automóviles y todo empezó a oler a gasolina y vinieron con nosotros los curas (que no se dice «curas», se dice «señores sacerdotes») que habían dicho la misa cantada a comer. Y antes de empezar la comida nos apretaban los carrillos y nos preguntaban cómo nos llamábamos y si sabíamos que día caía nuestro santo y si era un Santo Confesor o un Santo Obispo o una Santa Virgen o un Santo Eremita (¿qué es eremita?) y los paganos los echaban a los leones del Circo Romano. Y los sacerdotes olían muy suave, muy diferente a las demás personas mayores porque eran Ministros de Dios y discutían porque los querían hacer servirse los primeros, y decían: «No faltaba más», y tío Arturo decía: «Ande, ande, sírvase usted, don José, que ya sabemos todos que tenemos la mitra en casa.» (¿Qué es la mitra? «Los niños, a callarse.») Y todos se reían y don José empezaba a hablar tartamudeando: «Home, por Dios; home, por Dios...»; pero todos seguían riéndose y los niños también, pero con la cara tapada con la servilleta. Y después don José se levantó a dar las gracias y todos rezamos:

Jesucristo Rey de Vida,  
aquel que nació en Belén,

bendíganos esta comida  
por su gracia, amén.

Cuando íbamos en «Belén» a la abuela se le saltó la dentadura y cayó en el lavafrutas y chiscó toda la mesa de agua y todos nos reímos, don José también. Y hubo que empezar otra vez:

Jesucristo Rey de Vida,  
aquel que nació en Belén,  
bendíganos esta comida,  
por su gracia, amén.

Y tío Arturo decía siempre: «¿Hay otro Jesucristo que no haya nacido en Belén?», y tía Honorina decía: «Ya salió el volterianote», y los sacerdotes se reían y todos nos desperdigábamos: las mujeres a arreglarse para la corrida, los niños al estanque a seguir la Gran Batalla Naval de Lepanto y los hombres volvían a sentarse bajo los robles y tomaban más café y más licores, y de vez en cuando se reían porque debían de estar contándose chistes. Y de repente todos los hombres se arremolinaron porque la butaca de don José se rompió y él cayó para atrás y se clavó en la cabeza un clavo que los niños habíamos pinchado en el tronco de un roble lleno de hiedra. Y era una cosa rara, una cosa horrible que no se podía pensar ver un sacerdote todo sangrando, con todo el pescuezo lleno de sangre muy brillante y

muy roja y toda cayendo por la espalda un hilo rojo, rojo, sobre la sotana negra. Y era tan horroroso y tan pecado que los niños teníamos miedo de verlo porque creíamos que los sacerdotes no tenían sangre, sino sólo alma por dentro y huesos. Y cuando todas las personas mayores gritaban y corrían trayendo y llevando jarras de agua y medicinas y vendas y algodones los niños fuimos al fondo de la cochera y nos escondimos en la tartana vieja que olía tan bien, como a cosas antiguas, y estaba allí en lo oscuro porque ya no se usaba hacía mucho tiempo y a los niños no nos dejaban subirnos a ella porque el último caballo que le enganchaban había muerto de tétanos.

Por la tarde la playa estaba llena de sol color naranja y había nubes blancas y olía a tortilla de patata.

Y había cangrejos que se escondían entre las peñas y los niños éramos los encargados de enterrar las botellas de sidra entre la arena húmeda para que no se calentasen.

Y todos decían: «Qué tarde más preciosa», y los novios se sentaban apartados y cuando empezaba a oscurecer y todo estaba lila y morado estaban con las caras muy juntas sin hablar nada, como confesando.

Pero lo mejor era el baño por la tarde, cuando el sol bajaba y estaba grande y cada vez más encarnado, y el mar estaba primero verde y luego verde más oscuro, y luego azul, y luego añil, y luego casi negro. Y el agua estaba caliente, caliente, y habían bandos de peces muy pequeñinos nadando entre las algas rojizas.

Y daba gusto bucear y pellizcar a las mujeres en las piernas para que gritasen. Y luego que papá y tío Arturo y el marido de tita Josefina nos subiesen sobre los hombros y nos dejaran tirarnos desde allí al

agua. Y luego que cogiesen entre dos mayores a un niño y que nos lanzaran por el aire y dijeran: «Cae al agua como un gato», y las mujeres con todo el culo hinchado como un globo debajo del traje de baño de la pera dijese: «No hagáis burradas con los niños.» Y entonces los hombres nos decían: «Vamos a darles un susto», y corríamos detrás de mamá y las tías y las demás señoras y ellas salían gritando del agua y escapaban por la playa hasta que las cogíamos y las llevábamos prisioneras hasta la orilla, y allí ellas se sentaban en la arena muertas de miedo, y tía Honorina casi lloraba diciendo a su marido: «No, no, por Dios, Arturín.» Y los niños nos retronchábamos de risa cuando decía «Arturín», y estuvimos llamando «Arturín» a tío Arturo lo menos una hora, hasta que nos cansamos. Pero luego nos cogíamos todos de la mano (y las manos de las mujeres temblaban) y entrábamos juntos corriendo en el agua y nos tirábamos a *plongeon*, pero las señoras no, sino que se sentaban y se quedaban donde no cubría tres dedos, riéndose como gallinas cluecas. Y como Albertito era tonto abría la boca y se le llenaba de agua y arena y después vomitaba y tenía siempre un resquemor amargo por dentro.

Y era divertidísimo ver las piernas de tita Josefina debajo del agua, que engordaban y adelgazaban y eran blancas y verdosas y daban asco como la panza de un sapo.

Y había una chica ya mayor recién llegada de



Madrid, muy guapa, con los ojos muy grandes, muy tostada y oliendo a perfume que sentía uno no sé qué muy dentro.

Y tenía una voz muy clara y como triste y nos decía a los niños: «A ver quién es valiente y viene conmigo hasta el Camello», pero nunca se atrevía nadie: ni papá, ni tío Arturo, ni el marido de tita Josefina, ni nosotros, y entonces nadaba ella sola hasta el Camello, que estaba muy lejos, donde casi no se veía, y eso aunque hubiese mala mar e hiciese un día gris de esos que da miedo meterse. Y nadaba con las pulseras que siempre llevaba y se veía salir un brazo cada vez brillando con el agua y el reflejo del sol en las pulseras, y a los pies iba dejando una estela de espuma porque nadaba al crol.

Y había un señor alemán, calvo, con un pantalón de baño blanco que iba con dos perros y tenía la piel roja, casi negra, de pasarse el día al sol pescando y leyendo el periódico con una toalla blanca sobre los hombros. Y luego salíamos a merendar a la playa, y para los niños habían dejado bonito, tortilla y carne empanada que sobraba del mediodía, y de postre naranjas, manzanas, peras, uvas, ciruelas y melocotones a escoger. Y había también plátanos, que era muy divertido apretarlos por un lado para que saliese la chicha y enseñársela a los mayores y que todos los hombres se riesen, nadie sabía por qué.

Y los pedazos de tortilla y las chuletas estaban llenas de arena, y las niñas tenían el pelo mojado pe-

gado a la cara y los ojos brillantes y gritaban, saltando entre los perros, que saltaban también y ladraban y corrían a coger las algas resecas que les tiraban, y luego les echaban lo que quedaba de la merienda, que era muchísimo: tortilla, carne empanada, bonito, y lamían las latas de sardinas en aceite hasta que las dejaban como espejos, y el King comía también, pero era el único, mondas de fruta.

Y como los hombres decían que no había que dejar ni un papel ni un desperdicio en la playa, «porque hay que enseñar a la gente con ejemplo», amontonábamos las bandejas de cartón y los papelorios aceitosos y las mondas y les prendíamos fuego y después enterrábamos las cenizas y latas que no quemaban.

Y después íbamos a vestirnos detrás de las rocas. Y allí la arena estaba muy fría y entraba un viento frío y los niños titiritábamos porque estaba oscureciendo.

Y luego cada cual cogía un bulto—menos las señoras—y volvíamos a casa. Y volvíamos por el camino cantando y cogiendo moras, que aún estaban calientes.

Y sentía uno la espalda pringosa y que resque-maba y empezaba a salir una luna muy grande.

Y cantaban las ranas y los sapos.

Y olía a tomillo.

Y después teníamos que pasar junto a los chigres y los merenderos, que estaban llenos de hom-

bres bebiendo sidra y jugando a los bolos y a la llave.

Y daba gusto oír el golpe de la bola contra las maderas de la bolera o el «clin» de la chapa al pegar en la llave.

Y había un hombre cantando muy bien, y papá dijo que por qué no nos sentábamos en una mesa de aquéllas a descansar un poco, y pidió sidra para todos, los niños también, y sentimos un picor burbujeante por dentro al beberla.

Y ya era cuando empezaban las estrellas.

Y de vez en cuando se veía un trozo de mar muy oscuro que daba miedo pensar en estar nadando por allí solo, solo.

Y papá y tío Arturo pidieron a tita Josefina que cantase «Tengo tres cabritines», y ella se puso toda colorada y dijo que cómo iba a cantar delante de toda aquella gente, y todos se rieron.

Y de repente se acercó un hombre queapestaba a vino y dió una palmada a papá en la espalda y le dijo no sé qué.

Y papá lo miró como atravesado y en seguida pagó la cuenta y marchamos.

Y se oía la música que tocaba en un baile porque era domingo.

Y cuando llegamos a Gijón íbamos todos callados, como tristes.

Y las luces de las calles eran tristes.

Y en la playa se veía el Club de Regatas lleno de bombillas de colores.

Y había mucha gente en la calle y pasaba tocando una banda de música.

Y pasaban automóviles con ruedas blancas.

Y las calles estaban regadas y brillantes y negras.

Y olía a neumático caliente y a colonia y a mar.

Porque estaba en Gijón el Príncipe de Asturias.